

Las tentaciones de Antonio López Saenz



DAVID MARTÍN DEL CAMPO



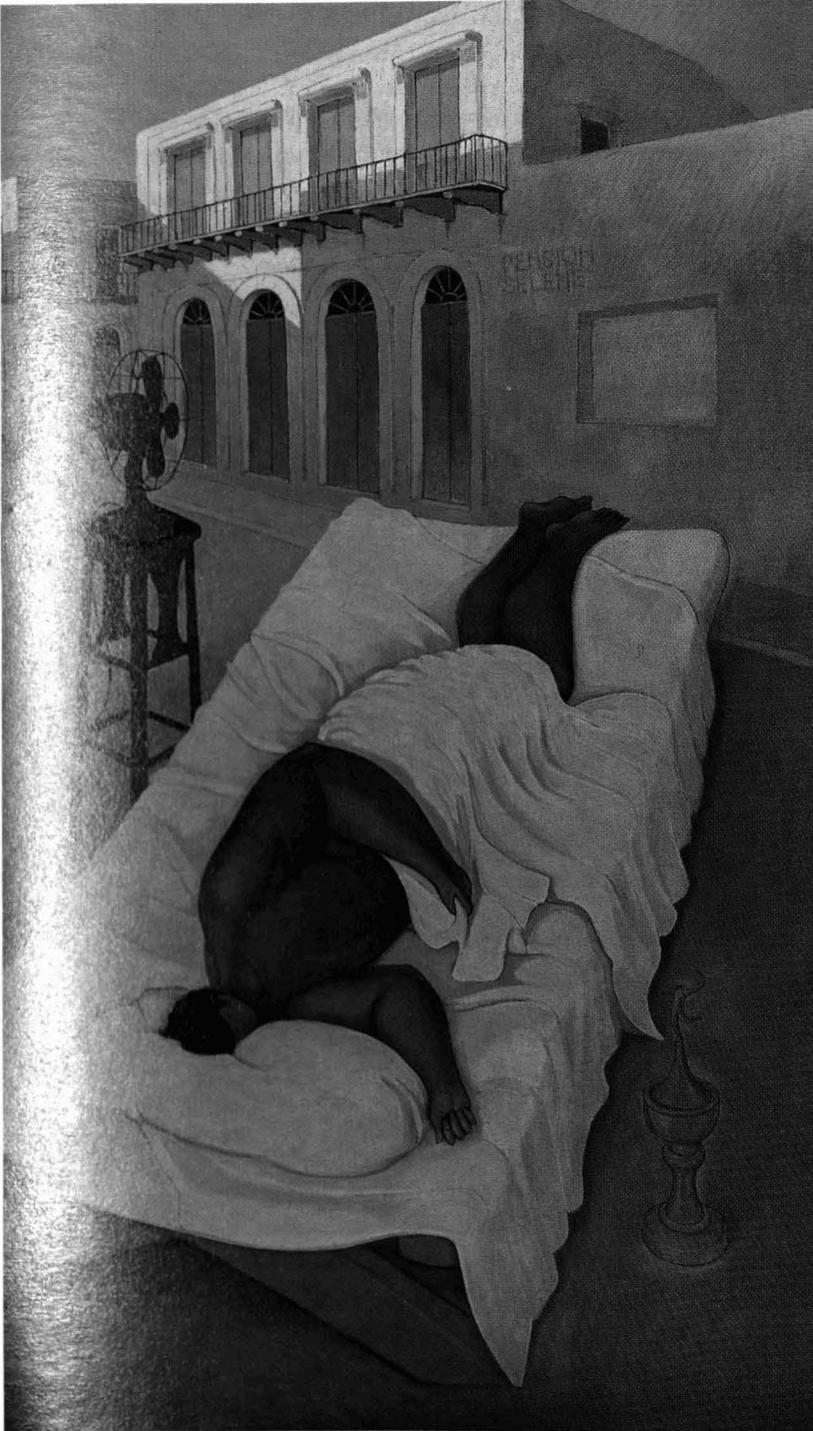
Un abrazo, el deseo de un abrazo. ¿Cómo reducir el arte a una frase? Un abrazo junto al azul del mar, dos miradas cómplices y la tarde palideciendo al arrullo de un trombón que no quisiera perder esa luz postrera.

El arte de Antonio López Saenz empata la Odisea homérica. Todo arte, todo arte propositivo cumple de algún modo con el ciclo de tornaviaje. Así López Saenz tensa hoy el arco de Ulises, ha retornado a su Itaca sinaloense, halla consuelo en la caricia abandonada del Coromuel —el viento californiano— soplando igual que el aliento de Penélope bajo los flamboyanes.

Las tentaciones del anacoreta de Tebaida fueron consumidas por la oración en el desierto de Egipto. Igual hoy Antonio López Saenz, como un abad en la serenidad oceánica, reinventa un himno para no ceder a las tenta-

Café Pacifico,
1990,
óleo/tela
150 x 200 cm

ciones de la carne... y la cerveza y la transpiración permanente bajo la luna equinoccial. Antonio abre los postigos de su estudio, permite que la brisa le lleve los murmullos de la ciudad-puerto abandonando las sábanas; entona un salmo cuyas estrofas insisten en objetos de elemental singularidad: la playa, un pelotero con cachucha, un carguero amarrado al muelle, una arquitectura poblada de portales y balconerías, los almendros henchidos de la plaza, la desnudez insomne en mitad de un catre, una palapa, una carta abandonada, un ventilador de aspas inmóviles.



El sueño,
1988,
óleo/tela
160 x 90 cm

los estibadores, contemplando las maniobras de amarre, participando del trajín de hombres y mercancías cada vez que arribaba o zarpaba un carguero, que el niño, el muchacho Antonio López Saenz adquirió la impronta solar que ya nunca después abandonaría.

Ese ritual cotidiano a los once, a los doce años: ingresar al estero de Urías, mirar el crepúsculo más allá de las rocas bautizadas como “de los dos hermanos”, escuchar las historias por miles de los marineros... historias de amor, fantasías de celos y de putas, delinearon finalmente la sensibilidad de ese poeta del color y la avidez de paisaje —como en el otro litoral Carlos Pellicer— porque sus destinos no eran otros que el llenarse las manos de ardor solar.

Todo arte propositivo esconde, presume una historia secreta y al obsequiárnosla muere, un poco, el misterio. El arte abandona así las tinieblas, se muestra desnudo, es un sueño que ya no lo es: milagro, resulta su nuevo nombre.

23 grados 27 minutos

El Trópico de Cáncer es, después de todo, una línea imaginaria. Al norte de ella —se dice— habita la geografía templada, al sur quedan los trópicos ecuatoriales infestados de malaria, lujuria, bárbaros sanguinarios dueños, también, de una ternura inaudita. Es la línea que toca, que corta y hermana en sus 23 grados de latitud norte, sitios como La Habana, Asuán, Calcuta, Hong Kong, Honolulu y Mazatlán.

Bajo ésa, la frontera del solsticio, en 1936 nació el cuarto y último hijo de don Roberto López, entonces gerente aduanal en el puerto sinaloense. Un niño como tantos otros, desafiando el oleaje al mediodía con sólo un pantaloncito recortado, un niño que en lugar de afanarse en el beisbol trazaba líneas inacabables, dibujos taciturnos en la pizarra infinita que le ofrecía la playa —palimpsesto barato asediado por la resaca— hasta la hora de la merienda.

Un niño de mi edad, sin embargo, no podía estarse dos meses de chiras en la playa. En eso mi papá fue severo, pues durante las vacaciones me llevaba con él a trabajar en los patios de aduanas.

Y fue ahí, precisamente, en la dársena de Mazatlán, escuchando el grito obscuro de

Playa Azul, arte primero

Se dice fácil: un poeta del color, pero qué remedio hay para ese muchacho asediado por el salitre de la brisa marina, la humedad permanente, la canícula de junio sembrando retoños en cada resquicio, cada grieta de ese puerto como baluarte en la boca del Golfo de California.

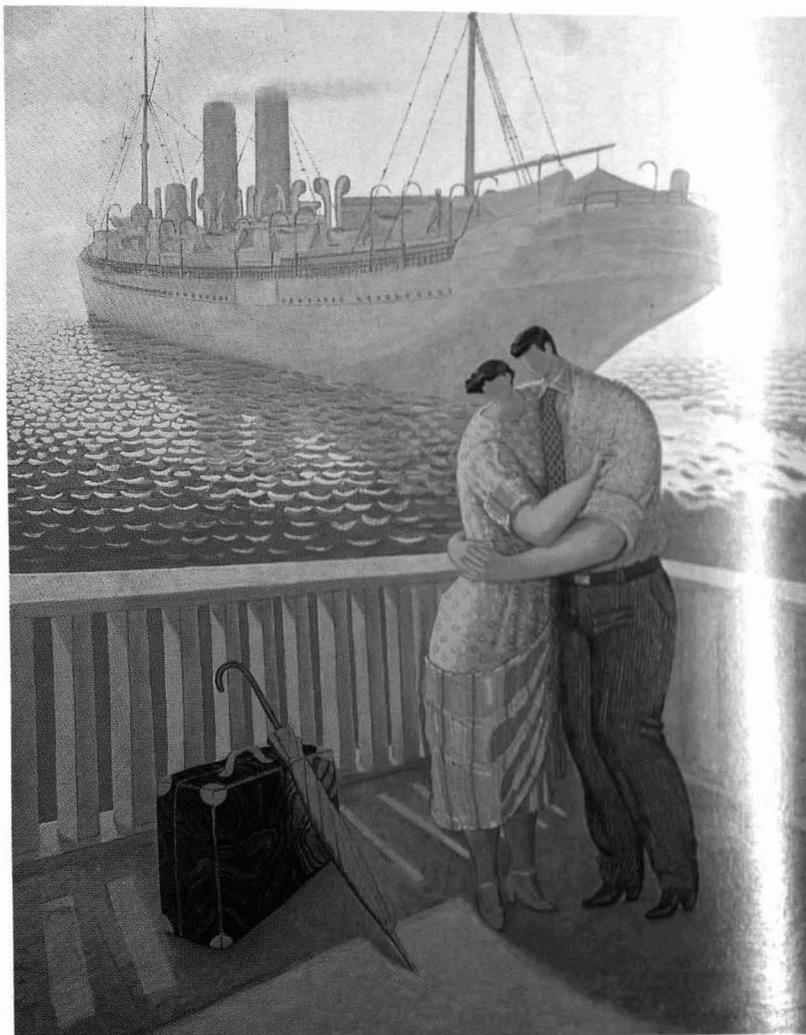
Mi infancia fue playera —confesó alguna vez Antonio López Saenz a Cristina Pacheco—. Iba a la playa a jugar con mis amigos. Además mi casa estaba muy cerca de Playa Azul, un sitio encantador que ya desapareció y que da idea del deterioro que existe en Mazatlán. Una de las cosas que más me gustaba era la arena lisa y húmeda junto a las olas. Aquella arena fue mi primer lienzo. Un día alcé una vara y comencé a dibujar con ella los pies de un hombre, y seguí y seguí trazando la silueta hasta terminar a las puertas, casi, de la oficina donde trabajaba mi padre. Era una figura tan grande que sólo viéndola desde las alturas se hubiera podido comprender que era una silueta humana. Qué gusto me dio esa experiencia, aunque claro, muy pronto las olas lo borraron todo.

Las voces del mar están detrás de la sal, el calor, la luz rabiosamente agresiva del trópico. No me refiero únicamente al rumor de las olas sino a las voces humanas que el viento arrastraba desde quién sabe dónde hasta la playa. Estábamos jugando y de pronto oíamos un trozo de conversación, la mitad de una frase misteriosa dicha en un punto remoto.

De modo que el mar debía ser nombrado. Nombrarlo en la distancia, lejos ya de aquel sol a plomo, desde el exilio de 32 años que el poeta del color había decidido en el altiplano central. Había llevado consigo, en el macuto marinero, aquella humedad salobre, aquellas voces desbordando franqueza, todos los barcos y sus infinitas estelas ultramarinas.

Soy el menor de cuatro hermanos. Estábamos en la secundaria y me pasaba el día dibujando, aunque no tenía conciencia de decirme un día “quiero ser pintor”. Estábamos tan aislados que ni remotamente existía la noción de lo que una academia de arte podría significar. Así que, desde la primaria, mi padre nos llevaba a trabajar con él. Yo me rebelaba, pero no hubo más remedio que obedecerlo, y así aprendimos el valor de la disciplina, el trabajo, el dinero. En la aduana mi función consistía en marcar los costales con tinta, auxiliándome con una plantilla de bronce. Había días, sin embargo, que los capitanes de aquellos barcos invitaban a mi padre a comer a bordo, y era una maravilla acompañarlo en la mesa de oficiales con aquellos marineros chinos, succos, griegos...

Pero un buen día me entero de que existe en la Ciudad de México una academia donde se puede estudiar pintura, y comienzo a dar mi guerra: “quiero ir, quiero ir”, pero mis padres se opusieron. Al principio combatieron a brazo partido mi vocación porque para ellos estudiar ese arte resultaba una cosa rarísima: no era ingeniería, ni comercio, ni leyes, hasta que terminaron por convencerse. Todo el día estaba pintando monos; llenaba el cuaderno de la aduana con retratos de mis compañeros estibadores... Así una tarde me advierte mi padre: “Mañana ya no vas a regresar a trabajar aquí; te vas a ir a México a estudiar eso que tú quieres.



Pareja de amantes,
1990,
óleo/tela,
130 x 100 cm

Vitebsk, Tahití, Valencia

Pensar en Chagall es pensar en la Rusia campirana, remontarnos a su natal Vitebsk, el arte judío que rompe la prohibición figurativa, las felices vacas aéreas, sus gallinas enamoradas, aquellos novios de ternura infinita al amparo de una vela. Lo mismo la Valencia de Joaquín Sorolla, sus barcas incendiadas de esplendor, los niños desnudos chapoteando bajo el cenit, aquellas mujeres de enaguas impresionistas, empapadas de luz y Mediterráneo. Y qué decir del arte abigarrado de Paul Gauguín, su etapa de esplendor polinesio, el Tahití de los perros morados, el Tahití de las muchachas amarillas, el Tahití de las flores carnívoras.



La gran inundación de Guasave, 1995, óleo/tela, 100 x 130 cm

Sus destinos son tres y uno solo: la nostalgia y la tibieza, el rescate de algunas escenas peculiares amenazadas por la amnesia. De ese modo, en la constelación Chagall-Sorolla-Gauguin, habría que incorporar una estrella nova: la de Antonio López Saenz.

Herida de melancolía, la mirada de López Saenz se abre a una época derrotada por el turismo y la arquitectura del aluminio. Dos decenios —los años cuarentas y cincuentas— son los protagonistas de ese Mazatlán de barcos de vapor, muchachas de escote alto, verandas donde las tardes languidecen al paso de la brisa.

Mazatlán, el de la rima de Gabriel Ruiz cuando canta “oye el eco de las olas del mar / que viene a morir a tus pies / cantando así... Mazatlán, ¡ay!, mi Mazatlán”... Mazatlán, el de los pescadores de camarón, el de los huracanes sorprendidos, “perlita divina que supo darme mi amor soñado”, insiste la estrofa del compositor, que algunos atribuyen a Elías Nandino.

No es de Vitebsk, ciertamente, la noche del Mazatlán que arrulla los sueños de López Saenz. No es Tahití —su fragancia polinesia—, no es Valencia —sus barcas de velas triangulares—, no es siquiera el Ocotlán de su condiscípulo Rodolfo Morales. El Mazatlán de López Saenz está anclado en el tiempo, resulta una suerte de



limbo —el limbo de los bienaventurados— en espera de la noche. Mazatlán como escenario de los hombres y las mujeres que han optado por el silencio. Parejas sin palabras habitando una ciudad que grita sus colores, aposentos permeados por la sensualidad, lechos y tálamos heridos por el deseo y la distancia.

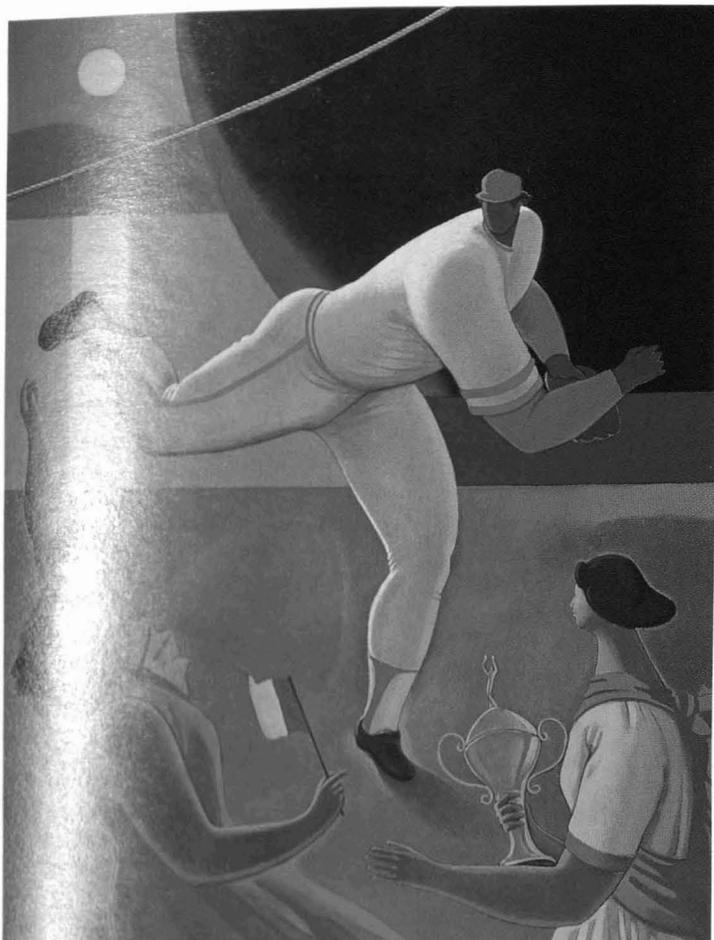
Pareja al amanecer en el malecón,
1993,
óleo/tela,
100 x 150 cm

Una saga a la intemperie

La de López Saenz exhibe, ante todo, una estética sublime que lo sacrifica todo por alcanzar la serenidad. Ya sea la inundación de Guasave, una pareja acariciándose al atardecer en una banca, la robusta marinería concitada por el trabajo asalariado; todos los personajes que pueblan el imaginario mazatleco de López Saenz comparten, de algún modo, una misma actitud bendita. Hombres buenos, ausentes de violencia, son los que habitan sus cuadros como departamentos del limbo. “El Paraíso existe; Mazatlán es su nombre” —parece murmurar López Saenz desde sus óleos— “su apellido es mansedumbre”. Mujeres cuyo pecado mayor ha sido un suspiro en el crepúsculo, una fantasía de guitarras, la cita incumplida a la orilla del malecón.

Muchas de las historias presentes en mi obra son leyendas contadas por mis antepasados —ha confesado el pintor—. Cuentos de familia, de mis tíos y tías, como los fiestones de la celebración de la Independencia, el 15 y 16 de septiembre en que había un desfile maravilloso encabezado por los cadetes de la Armada, y los niños y el pueblo se volcaban a los muelles porque había unas regatas tremendas, y con la música de las redobas, y los marineros que se volteaban en las barcas, todo terminaba en un desmadre donde flotaban los tololoches y los pescadores en mitad de la dársena... ahogados ¡pero de borrachos!

Ángeles de alas extraviadas, santas de pureza colorida —que no beatas—, benditos holgazanes como citados para el retrato, conforman este arte no distante de los exvotos que adornan altares y sacristías. ¿Qué frases podrían acompañar, aderezar estas escenas de encantamiento y arrobos? ¿Frases del tipo “Así eran los paseos de la familia Murúa”, “Qué calor aquella tarde en el Club de Marina”? No por nada el gusto caligráfico, epistolar, de los “textos” con que López Saenz acompaña, a modo de textura surreal, muchos de sus cuadros.



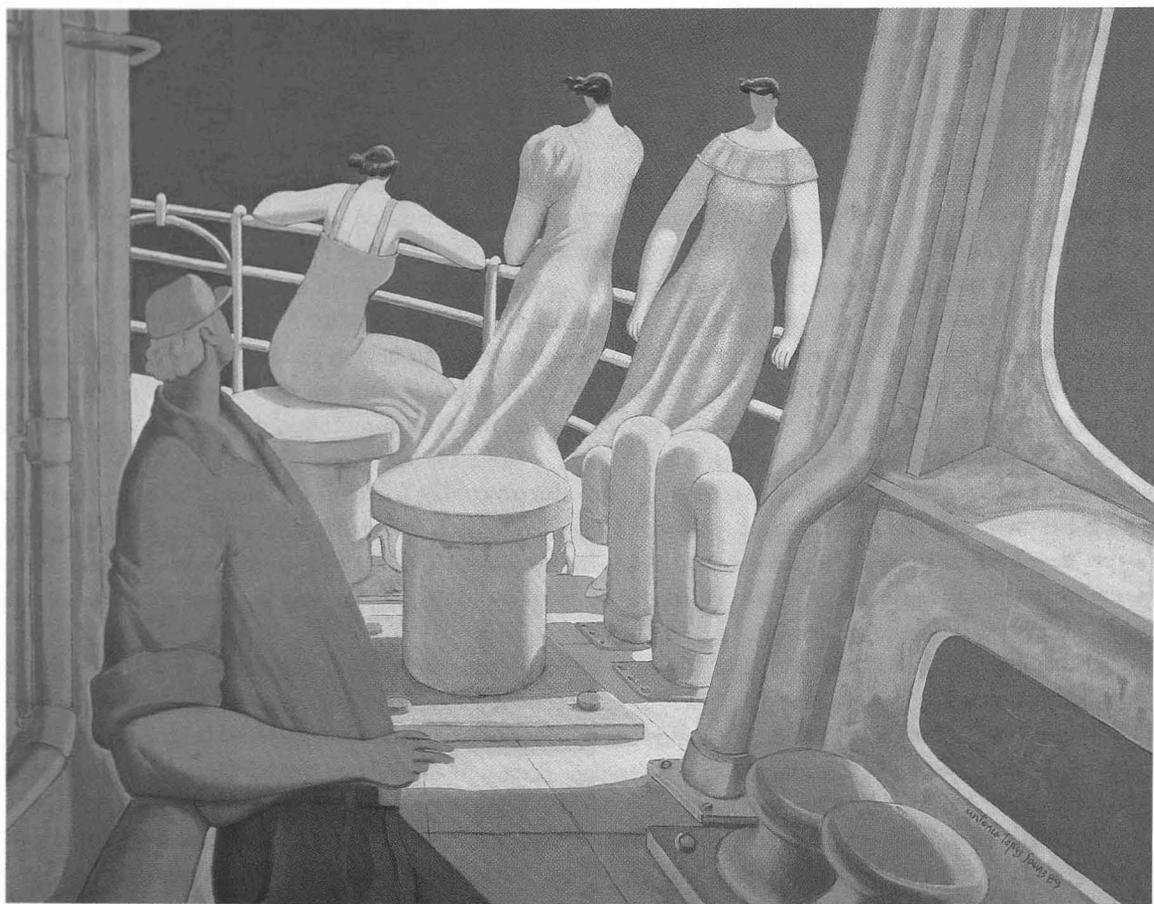
Nafragio y rescate

Para nadie es un secreto los años juveniles que Antonio pasó como novicio en el monasterio de Santa María de la Resurrección que dirigía el monje benedictino Gregorio Lemerrier, muy cerca de Cuernavaca. Años en que su pintura maduró —a cuentagotas— en las pocas horas que semanalmente le dedicaba recluido en su celda. Fue cuando inició, también, el gusto por llenar cuadernillos con bocetos, anotaciones, ejercicios donde la geometría se entrecruzaba con la caligrafía.

Trabajando en Teotihuacan para el Instituto Nacional de Antropología, como técnico restaurador en el laboratorio de cerámica, fue que me nació una tremenda inquietud espiritual, que terminó por llevarme a las puertas del monasterio en Santa María Ahuacatitlán (que mucho después sería el Centro Psicoanalítico Emaús).

Yo creía al principio que todo sería cosa de estampitas y monjes rezando... esa liturgia bellísima, bizantina, de las órdenes de clausura; pero me encontré con el psicoanálisis que ahí se practicaba como requisito para sanear las vocaciones religiosas. Mi terapeuta fue una doctora argentina, Frida Zmud, y la experiencia, la verdad, resultó maravillosa. Luego vino el distanciamiento de Lemerrier con el Vaticano, la fundación de Emaús, y yo opté por renunciar a la orden.

Lanzador,
1989,
óleo/tela,
130 x 100 cm



Canto de las sirenas II,
1989,
óleo/tela,
100 x 130 cm



Busqué a mis amigos Rodolfo Morales, Héctor Álvarez, Humberto Urbán, compañeros de la Acedemia de San Carlos... y me puse a pintar como loco. Rodolfo, que veía mi tribulación al romper con Lemerrier, me dijo tan campanante: —No te preocupes, Antonio; pronto te vas a encontrar con Mazatlán, y esa será tu salvación. Y tuvo razón: Mazatlán comenzó a despertar en todos mis dibujos; barcos, muelles, figuras en la playa...

Mediodía,
1992,
óleo/tela,
99.5 x 150 cm

Un grito en altamar

Saga a la intemperie, decíamos, la que se ha propuesto López Saenz en su retorno al Trópico de Cáncer. Una Odissea que arrastra sirenas, Polifemos, Circes en la fiesta por antonomasia de los puertos latinoamericanos: las carnestolendas. Porque la saga de López Saenz es recuento, sí, de la cotidianidad mazatleca, igual que un Norman Rockwell en guayabera, pero sin afanes patrioterros. La saga de López Saenz, sin embargo, trae muchos fantasmas, ángeles, personajes oníricos en espera de la campanilla del reloj despertador.

Desde su paciente lasitud parecieran esperar el arribo, tremendo, de la gran pasión erótica, el odio tanático, el huracán a media canícula. Pero nada de ello ocurre. El mar, siempre el mar, provee la serenidad en exceso que permean los cuadros del artista. Sus personajes descarados, microcefálicos, rotundos, devienen así monumentos corpóreos, atlantes, monolitos abigarrados.

Son los guardianes del Carnaval mazatleco. A cielo abierto cuidan la serenidad del mediodía, los enamorados bajo el plenilunio, los hombres desnudos, *bichis*, recordándonos la terrenalidad de la pasión. Como vigías en la cofa de un barco atunero, los personajes de López Saenz navegan hacia un figurativismo no ausente de las sorpresas irracionales (¿no propone eso, precisamente, el surrealismo?), y al avistar la costa, en vez de "tierra" gritan otra voz que despierta al artista.

Antonio López Saenz se levanta cuando la aurora es anuncio escarlata en las montañas a su espalda. Son hábitos sanos, religiosos, que no ha abandonado. Se baña y se rasura con luz artificial, desayuna esperando la luz primera, y con el último frescor de la mañana inicia su jornada frente a la mesa destartalada donde reposan los botes de aguarrás y los tubos de pintura. Quizás entonces recuerda a su madre, doña Petra, a su abuela Lupe, que era sastrer, nadando entre mil telas estampadas. Ajusta el lienzo contra el caballete, y entonces llega ese grito arrojado por aquel barco en altamar.

Es un grito anunciado en la placa de su casa —la casa que fue de sus padres y sus hermanos— porque junto al teatro de la Ópera en Mazatlán, la ciudad antigua de salitre, almizcle y susurros, habita Antonio López Saenz. El grito y su calle, lo que son las cosas, dicen "libertad". ♦